

La venganza de los godos

EL SAQUEO DE ROMA

PEDRO SANTAMARÍA



Pàmies

PEDRO SANTAMARÍA

EL SAQUEO DE
ROMA



Pàmies

Primera edición: septiembre de 2020

Copyright © 2020 de Pedro Santamaría Fernández

© de esta edición: 2020, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-17683-98-6
BIC: FV

Ilustración y diseño de cubierta: CalderónSTUDIO®
Fotografía: Angellodeco/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

- CAPÍTULO 1
- CAPÍTULO 2
- CAPÍTULO 3
- CAPÍTULO 4
- CAPÍTULO 5
- CAPÍTULO 6
- CAPÍTULO 7
- CAPÍTULO 8
- CAPÍTULO 9
- CAPÍTULO 10
- CAPÍTULO 11
- CAPÍTULO 12
- CAPÍTULO 13
- CAPÍTULO 14
- CAPÍTULO 15
- CAPÍTULO 16
- CAPÍTULO 17
- CAPÍTULO 18
- CAPÍTULO 19
- CAPÍTULO 20
- CAPÍTULO 21
- CAPÍTULO 22
- CAPÍTULO 23
- CAPÍTULO 24
- CAPÍTULO 25
- CAPÍTULO 26
- CAPÍTULO 27
- CAPÍTULO 28
- CAPÍTULO 29
- CAPÍTULO 30
- CAPÍTULO 31
- CAPÍTULO 32
- CAPÍTULO 33
- CAPÍTULO 34
- CAPÍTULO 35
- CAPÍTULO 36
- CAPÍTULO 37
- CAPÍTULO 38
- CAPÍTULO 39
- CAPÍTULO 40
- CAPÍTULO 41
- CAPÍTULO 42
- CAPÍTULO 43
- CAPÍTULO 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Interludio

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Segunda Parte

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

CAPÍTULO 91

CAPÍTULO 92

CAPÍTULO 93

CAPÍTULO 94

CAPÍTULO 95

CAPÍTULO 96

CAPÍTULO 97

CAPÍTULO 98

CAPÍTULO 99

CAPÍTULO 100

CAPÍTULO 101

CAPÍTULO 102

CAPÍTULO 103

CAPÍTULO 104

CAPÍTULO 105

CAPÍTULO 106

CAPÍTULO 107

CAPÍTULO 108

CAPÍTULO 109

CAPÍTULO 110

CAPÍTULO 111

CAPÍTULO 112

CAPÍTULO 113

CAPÍTULO 114

CAPÍTULO 115

CAPÍTULO 116

CAPÍTULO 117

CAPÍTULO 118

CAPÍTULO 119

CAPÍTULO 120

CAPÍTULO 121

CAPÍTULO 122

CAPÍTULO 123

CAPÍTULO 124

CAPÍTULO 125

CAPÍTULO 126

EPÍLOGO

NOTA DEL AUTOR

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO EXTRA

A mi tío Eduardo Pardo Doménech.

O, lo que es lo mismo, al valor.

«Uno a uno, todos somos mortales. Juntos somos eternos».

Apuleyo.

«Un continente que importa a las gentes de todo el mundo importa también los problemas del mundo entero».

Douglas Murray

«Una de las indicaciones de la grandeza de una sociedad es la diligencia con la que transmite su cultura de una generación a otra. Cuando una generación ya no aprecia su propio legado y fracasa a la hora de entregar la antorcha a sus hijos, lo que está diciendo, en esencia, es que los mismos principios fundamentales y experiencias que hacen de esa sociedad lo que es ya no son válidos».

Winston Churchill

Camera parte

1

NORTE DE ITALIA

4 DE SEPTIEMBRE 394 D. C.

El emperador tosió hasta quedarse sin aire.

Uno de los hombres de su guardia personal, un burgundio corpulento de cabellos y barbas rubios, le tendió un vaso de agua. El hispano alzó una mano para que aguardara, cerró los ojos y respiró profundamente. Luego hizo un gesto invitando al burgundio a entregarle el cáliz.

—Estoy bien —dijo Teodosio, tranquilizador, cuando comprobó que la veintena de oficiales que abarrotaban la tienda se miraban entre sí con preocupación—. Estoy bien.

—Sebastos, deberías descansar —dijo uno de los oficiales.

—¿Qué ocurre? ¿Nunca os habéis resfriado? —Luego, dirigiéndose al burgundio—: Y tú, Gondioc, la próxima vez que me sirvas de beber, al menos añade algo de vino. En Hispania decimos que donde no hay vino no hay amor.

—Por supuesto, sebastos. Lo lamento.

El emperador apoyó los puños en la mesa y observó el mapa que tenía desplegado ante él.

—Continúa, Flavio.

Flavio Estilicón, yerno del emperador y hombre de confianza de este, hijo de un vándalo y una romana, azote de los godos durante la guerra que siguió a la batalla de Adrianópolis y *magister militum* de Tracia, volvió a señalar el mapa.

—Sí, sebastos —dijo el aludido—. Superamos al usurpador en número, y me atrevería a decir que en calidad. En total disponemos de unos cincuenta mil hombres: los treinta mil del ejército de Oriente y cerca de veinte millares de godos. Según los exploradores, Eugenio...

—El usurpador —corrigió Teodosio.

—Por supuesto, sebastos. El usurpador —enmendó Estilicón— apenas supera los cuarenta mil. A juzgar por los estandartes que he podido ver esta

mañana, ha tenido que retirar tropas de Britania y de la frontera del Rin para reforzar su contingente, y también ha reclutado a grupos de francos y de alamanes. El problema...

—¿Cuál es?

—El problema es que cuenta con una muy buena posición defensiva. Además, se nos ha adelantado y ha ocupado todos los pasos de montaña. Aquí, aquí, aquí y aquí.

El emperador asintió.

—¿Quieres decir con eso que estamos prácticamente rodeados? —preguntó Teodosio.

—Me temo que sí, sebastos. Dos días más y, si se mueven rápido, podríamos quedar atrapados. Aunque aún nos queda la opción de la retirada por aquí —dijo Estilicón señalando el camino que habían seguido.

El hispano negó con la cabeza.

—No. Retirarnos ahora significaría el fin de la temporada de campaña y un año más de espera. Eso solo serviría para que el usurpador afiance su posición y su liderazgo. Los gastos se nos acumularían, y tendríamos que licenciar a los godos para volver a convocarlos el año que viene. No. La retirada no es una opción.

—Puede que si negociásemos... —intervino Macrino.

—¿Negociar? —preguntó el emperador con afectada sorpresa—. ¿Negociar el qué, Macrino? Prefiero morir aquí y ahora entre terribles sufrimientos, o ver cómo se desmiembra el Imperio, antes que volver a Constantinopla y decirle a mi mujer que he negociado con el asesino de su hermano. Aunque... si estás dispuesto a hablar tú con ella, Macrino, negociaremos.

—¿Yo, sebastos? —dijo sorprendido el aludido, señalándose al pecho como un niño pequeño.

—¡Vamos, caballeros! ¡Un poco de humor, maldita sea! —rugió el hispano.

Estalló un coro de risas forzadas que murieron cuando Teodosio volvió a caer presa de un ataque de tos. El burgundio, esta vez, le acercó al emperador un cáliz con vino. El hispano bebió y respiró hondo, con dificultad.

—¿Qué hay de un ataque frontal? —preguntó Teodosio cuando se hubo recuperado.

—Arriesgado —repuso Estilicón sin más.

—¿Cómo de arriesgado?

—Teniendo en cuenta su posición y que tendríamos que cruzar el río para

llegar hasta ellos, mucho.

—Pero el río es vadeable, ¿no es así?

—Lo es, sebastos. A estas alturas y en esta estación del año, el agua llega hasta la cintura en lo más profundo del cauce. El problema es que el usurpador alinearía a sus tropas en la orilla, y los nuestros tendrían que luchar, al menos al principio, con los pies hundidos en el lecho resbaladizo del río y con el enemigo disfrutando de la ventaja de la altura.

—Comprendo.

—Como digo, sebastos, es arriesgado. Suicida, incluso.

Teodosio asintió y volvió a darle un sorbo al vino. Luego contempló el mapa de nuevo.

—Pero el usurpador no cuenta con un pequeño detalle —dijo el hispano.

—¿Qué detalle, sebastos?

—Que Dios está con nosotros.

Los presentes se miraron los unos a los otros de reojo.

—¿Dios? —preguntó Estilicón.

—Por supuesto. El usurpador se ha rendido a los paganos del Senado para obtener dinero y apoyos. Creo que a Dios esas cosas no le gustan —dijo el emperador con sorna.

—Supongo que no —convino Estilicón.

—Pues claro que no —insistió el emperador.

Hubo una larga pausa silenciosa mientras el hispano repasaba el mapa una vez más. Hasta la enorme tienda de campaña de lonas púrpura llegaba el sonido informe del campamento, el murmullo de soldados, el resoplar de caballos, el tintineo de cacharros.

—Dejadnos —dijo Teodosio al fin—. Necesito hablar con Estilicón en privado.

Uno a uno los oficiales fueron desapareciendo hasta que el hispano y el vándalo se quedaron a solas en la tienda.

—No soporto su falta de sentido del humor —dijo el emperador.

—No les culpo. La situación es delicada.

—Precisamente por eso, amigo mío. Cuanto peor van las cosas, más presencia de ánimo se necesita.

Teodosio se dirigió al diván que tenía en un extremo de la tienda y se tumbó. Luego le hizo un gesto a su yerno para que tomara asiento a su lado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Estilicón.

—He tenido días mejores. Pero se me pasará.

Estilicón asintió.

—¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó el vándalo.

—Muchas veces —dijo Teodosio— las dificultades no son sino bendiciones disfrazadas.

—Eso le he oído decir a Ambrosio más de una vez.

—Ambrosio. Menudo cabrón.

Yerno y suegro rieron, cómplices, al mencionar al antipático obispo de Milán. Teodosio volvió a toser. Estilicón le acercó a su suegro un cáliz con vino, y el hispano bebió.

—¿De verdad que te encuentras bien? —preguntó el vándalo.

El hispano esbozó una bienintencionada mueca de fastidio.

—Mi fiel Estilicón... —dijo Teodosio—. Deja de preocuparte. Aún no me ha llegado el momento.

—Pero si llegase...

—Si llegase... Ya lo hemos hablado muchas veces. Mi hijo Arcadio me sucedería en Oriente y tú quedarías como regente en Occidente hasta que el pequeño Honorio alcance la mayoría de edad. —El vándalo asintió—. Pero vamos a lo que nos ocupa. ¿Dices que el usurpador ha bloqueado todos los pasos de montaña?

—Así es.

—Bien, la mayoría de las veces lo que no se puede conseguir con las armas puede conseguirlo el oro. Hoy en día la lealtad y los principios están baratos. Quiero que envíes mensajeros a los pasos, con dinero. Con mucho dinero. Los sobornaremos.

Estilicón sonrió.

—De acuerdo.

—En cuanto al grueso de las tropas del usurpador, creo que ha llegado el momento de acabar con dos problemas en una sola jornada.

—¿Qué dos problemas?

—Eugenio y los godos.

Estilicón miró a su suegro y alzó una ceja.

—No entiendo.

—Hace tiempo que hay muchas voces clamando por el fin de los godos. El pueblo no se fía de ellos, no los quiere dentro del Imperio, nunca los ha querido, y menos aún desde los disturbios de Tesalónica. Ambrosio, por otra

parte, insiste en que hay que erradicar no solo a los paganos, sino además, y particularmente, a los arrianos. El tratado con los godos es una mancha en mi reputación y un peligroso precedente. Por mucho que en su día lográramos convertir aquel asunto en una victoria, los dos sabemos que tuvimos que ceder. Debemos lavar el recuerdo de Adrianópolis. Y no hay mejor forma de lavarlo que con sangre.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó Estilicón.

—Los godos deben diluirse en la historia, y este puede ser el momento idóneo para ello —afirmó el emperador de Oriente.

Teodosio se incorporó del diván y volvió a la mesa de campaña en la que estaba desplegado el mapa. El vándalo le siguió.

—¿A quién tenemos ahora al mando de los godos? —preguntó el hispano sin apartar los ojos del mapa.

—A Alarico.

—Ah, sí, Alarico —repitió el emperador, pensativo.

—Veinticuatro años, orgulloso, impetuoso... —dijo Estilicón.

Teodosio asintió lentamente.

—Perfecto. ¿Qué crees que pasaría si le dijéramos que, dado que las tuyas son las mejores tropas de las que disponemos, debe ser él quien abra el asalto?

—Que aceptaría el reto gustoso. Aunque probablemente preguntaría por el resto del plan. No es ningún necio.

—¿El resto del plan? Por supuesto. Le diremos que, una vez que haya abierto camino, nosotros le relevaremos... —el hispano levantó la cabeza y miró a Estilicón a los ojos. El vándalo no pudo evitar abrir la boca, presa del asombro — y entonces le dejaremos solo al otro lado —completó.

—Sería una masacre —dijo el yerno del emperador.

—Exacto, una masacre —confirmó Teodosio—. Al día siguiente, con los pasos en nuestro poder gracias a los sobornos y con el ejército del usurpador diezmado después de una jornada de combate contra godos desesperados, no nos resultará difícil aplastarle. Habremos acabado con el usurpador y con los godos. El Imperio volverá a estar unido.

—Pero, sebastos —dudó Estilicón—, estaríamos... sería...

Teodosio esbozó una media sonrisa.

—Mi fiel Estilicón, solo me llamas «sebastos» cuando hay gente delante o cuando algo te incomoda. ¿Quieres decir que estaríamos traicionándolos?

—Sí —dijo el vándalo, incrédulo.

—Tarde o temprano serían ellos los que habrían de traicionarnos a nosotros. Además, lo único que importa ahora es el Imperio, y ellos son una amenaza latente; lo sabemos desde el día mismo en que cerramos el tratado de asentamiento con Fritigerno.

—No sé, sebastos. Deberíamos reconsiderar... —dijo Estilicón, incómodo.

—Me temo que no tenemos tiempo para eso, ni otra opción, si queremos ganar esta batalla, recuperar Occidente y a la vez asegurar Oriente.

—Puede ser —concluyó el vándalo.

—Eres demasiado noble, amigo mío —sonrió el hispano, y, acto seguido, le dio una palmada en la espalda a su yerno—. Bien, ese es nuestro plan. Y alegra esa cara: dentro de un mes estaremos en Milán celebrando dos victorias.

2

NORTE DE ITALIA, A ORILLAS DEL RÍO FRÍGIDO

5 DE SEPTIEMBRE 394 D. C.

Amanecía.

El río fluía, menguado y calmo, entre ambos ejércitos y bajo un cielo azul moteado de nubes blancas hechas jirones. En torno al valle se alzaban las imponentes montañas, herbosas en las faldas y peladas en las cumbres, que protegían como colosos los accesos a Italia.

Eran cerca de veinte millares los godos que, poco a poco, iban ocupando posiciones y dando lugar a una masa compacta de coloridos escudos y lanzas plateadas a doscientos pasos del cauce. Al otro lado del río, dispuesto ya en cuadrículas inmóviles, se desplegaba el ejército dorado, plateado y rojo del usurpador. Era la segunda vez, en poco más de cinco años, que los ejércitos de Oriente y Occidente libraban una batalla a muerte.

Entre las filas godas ondeaban toscos pendones de diversos colores, algunos gastados, otros vivos, otros pardos, que indicaban la posición de conocidos grupos de guerreros. También, aquí y allá, podían distinguirse los dracos de los grandes jefes, estandartes metálicos que representaban una feroz cabeza de dragón tras la cual se mecían, al antojo de la leve brisa, retales de tela roja.

A espaldas de la hueste goda formaba el ejército de Oriente. Era fácil ver dónde se encontraba el emperador, en lo alto de una loma, rodeado de crismones y generales y protegido por su imponente guardia personal de hunos y burgundios.

Varios monjes arrianos recorrían las posiciones de los godos, ofreciendo oraciones, ánimos y consuelo, azuzando a los hombres a luchar por Dios y por el emperador contra el usurpador y sus paganos. Un imponente jinete recorría el frente de la formación seguido por una nutrida guardia a caballo: Alarico, *dux gothorum* al servicio de Teodosio. El joven Alarico aún no había cumplido los veinticinco, pero por sus venas corría sangre real, y ya había probado su

valía en el campo de batalla. Vestía su mejor cota de malla y su yelmo dorado con incrustaciones de piedras preciosas. Contempló las posiciones enemigas. Recordó lo mucho que le habían impresionado los imperiales la primera vez que los vio a los ocho años: inmaculados, perfectos, firmes e incólumes. Cuántos ríos de sangre habían corrido desde entonces...

El dux de los godos se detenía ante un grupo de guerreros, decía algo y estos rugían o reían y batían sus lanzas contra los escudos. Luego el dux seguía adelante envuelto en un estruendo de voces.

Un vítor recorrió las filas godas como un viento huracanado. Ante la extensa formación, a cincuenta pasos de la primera línea, Alarico, a lomos de su magnífico caballo, ofreció a los suyos un auténtico espectáculo de monta. Hacía girar al animal, lo hacía caminar hacia atrás, inclinarse hacia delante hasta tocar el suelo con el belfo y erguirse sobre las patas traseras, mientras aullaba, retador, hacia las tropas del usurpador de Occidente. Así se había hecho siempre. Desde tiempos remotísimos, y antes de una batalla, el rey de los godos demostraba ante los suyos y ante el enemigo sus habilidades como jinete. Ahora, aunque a los godos no les estuviera permitido elegir a un rey, Alarico era para ellos lo más cercano. *Dux gothorum*. Un título relativamente vacío para los romanos e insuficiente para los guerreros, pero así se había cerrado el tratado después de la guerra.

Concluida la exhibición y con los ánimos de la tropa exaltados, Alarico dio la espalda al enemigo y miró hacia la colina en la que aguardaba el emperador, esperando la orden. Se hizo el silencio.

Entonces Alarico agitó la mano y tiró de las riendas para encararse al enemigo. Sonaron los cuernos ordenando avance y el *dux gothorum* desmontó de un salto, le confió las riendas a uno de sus hombres, cogió el escudo que se le entregaba y ocupó su puesto en primera línea como uno más. Luego alzó la espada y gritó: «¡*Ad ultionem!*!», «¡Hacia la venganza!». Eran tantos los abusos y las traiciones que habían sufrido los godos a lo largo de los años que aquel «Hacia la venganza» se había impuesto como grito de guerra cada vez que entraban en combate fuera cual fuera el enemigo.

Miles de pies castigaron el suelo al tiempo, pesadamente, para dar lugar a un eco acompasado y caótico, como el aguacero sobre los tejados. Crujía el suelo de Italia ante el avance de los godos. La distancia que los separaba del ejército del hispano se hacía cada vez más amplia.

Se oyeron las tubas y los cuernos enemigos al otro lado del río y hubo movimiento brusco y apresurado de tropas y estandartes. La brisa también les hizo llegar los gritos incomprensibles pero firmes de los oficiales de Occidente.

Alarico sintió el agua gélida del río filtrándose por las botas, después a la altura de las rodillas, luego en los muslos. Resultaba difícil caminar sobre el lecho fangoso. Tuvo que alzar el escudo para evitar la resistencia del agua. A cincuenta pasos, dispuestos en línea frente a la orilla, distinguió los escudos de fondo rojo, decorados con un águila negra, de los *herculaini seniores*; buenas tropas, por lo que tenía entendido. Sería un combate difícil. Los godos tendrían que remontar la pendiente lodosa del río para llegar al cuerpo a cuerpo y no contarían con la fuerza del empuje de los que venían detrás. El dux dudó un instante, pero confió en que el plan del hispano, como siempre, diera sus frutos. Vadear un río siempre daba lugar a un avance irregular de las tropas, algo que aún complicaría más el combate.

Al inconfundible silbido de las flechas le siguieron las sombras alargadas de aquellas. Por instinto, Alarico y sus hombres se detuvieron, alzaron los escudos y flexionaron las rodillas. El agua les alcanzó el pecho y las puntas de hierro de las saetas de Occidente repiquetearon en las defensas de madera. Se oyeron gritos dispersos de dolor allá donde las dañinas flechas habían mordido en carne. Las aguas del Frígido no tardarían en teñirse de rojo. Como las aguas del Nilo al ser tocadas por el báculo de Moisés. Solo que hoy Dios parecía estar lejos, ajeno a las tribulaciones del pueblo errante.

Los godos avanzaron veinte pasos más. El agua volvía a llegarles hasta las rodillas cuando un nuevo chaparrón de madera y metal cayó sobre ellos. Recibida la nueva descarga, Alarico barrió con la lanza las cinco saetas que tenía incrustadas en el escudo partiendo las astas, que cayeron al agua para ser arrastradas por la corriente.

—¡Alto! —ordenó.

Y los cuernos se hicieron eco de sus palabras. Miró a su izquierda, a la línea sinuosa e interminable de guerreros y escudos en medio del agua. Luego, a su derecha. Buenos hombres todos ellos. A su alrededor, firmes y dispuestos, veteranos de cien batallas, formaba su guardia personal, un centenar de guerreros, los mejores, los más avezados, los más duros, capaces de arrancarle la cabeza a un hombre con sus propias manos, cubiertos de cicatrices, ninguna de ellas en la espalda.

Alzaron los escudos y recibieron otro chaparrón de saetas. Era el momento.
—¡A la carga!

Chocaron con estrépito.

Alarico desvió una punta de lanza con el escudo y asestó una estocada a ciegas que solo encontró vacío. La pendiente embarrada y pedregosa del Frígido amenazaba con hacerle resbalar; las tropas del usurpador contaban con la ventaja de la altura. Sintió otro impacto en el escudo, luego otro, y oyó silbar más flechas sobre su cabeza, proyectiles de los que ahora no debía preocuparse porque sabía que su labor era desbaratar las líneas de guerreros godos que venían detrás.

Parapetado tras su enorme escudo, el dux afianzó los pies en el barro y volvió a proyectar su lanza, esta vez bien atinada. El poderoso impacto contra el escudo del águila negra logró desestabilizar a su adversario lo bastante como para que diera un paso atrás, lo que le concedió un instante para ganar más altura mientras su guardia repartía muerte. Hizo lo posible por no resbalar en el fango y volvió a alzar el escudo justo a tiempo de detener otra estocada. Vio entonces un hueco en la defensa del romano que tenía delante. Proyectó la lanza y pudo sentir que la punta de hierro del arma hacía carne en el tobillo del desgraciado. Este emitió un alarido y hundió la rodilla en tierra, momento que Alarico aprovechó para ganar la orilla y asestar el golpe de gracia hundiéndole la lanza en el cuello. Luego, apoyando la planta embarrada del pie en el pecho del caído, retiró la lanza y volvió a ponerse en guardia a tiempo de recibir otro golpe. A su alrededor, con mucho esfuerzo, los godos lograban dentar las líneas romanas y dejar atrás el cauce del río. Jadeaba. Sentía el sudor recorrerle la sien y la espalda.

Los hombres a los que se enfrentaban, a pesar de la fama de la unidad, parecían relativamente bisonos. No era extraño: después de lustros de guerras civiles, después de dos derrotas a manos de Teodosio en los últimos años, el ejército de Occidente había perdido demasiada savia vieja, y la nueva aún no había logrado adquirir experiencia. Se decía que el pueblo romano había perdido su legendaria pasión por la guerra, que muchos se cortaban el dedo pulgar con tal de quedar inútiles para portar armas.

Alarico empotró el escudo contra la defensa del hombre que pretendía ocupar el puesto del caído. El romano trastabilló y el dux no dudó en hundirle el arma en el muslo y luego en la cara. Sintió que la punta de una lanza le rozaba la cota de malla a la altura del hombro derecho; giró para golpear el

arma enemiga con el borde del escudo y vio el terror dibujado en el rostro del joven que se le enfrentaba. Acto seguido asestó una certera estocada directa al cuello de su atacante. El romano soltó las armas y se llevó las manos a la garganta antes de desplomarse sin vida.

A pesar de las bajas causadas por las flechas y de lo complicado que resultaba remontar la orilla fangosa de un río con un enemigo bien armado parapetado en lo alto, los godos lograron abrirse paso y ocupar la posición. Sonaron los cuernos y las tubas del ejército de Occidente instando al repliegue de la primera línea. Aún tuvo Alarico ocasión de abatir a otro romano en medio de la repentina aunque fugaz confusión que siguió a la orden. Luego remató con la lanza a un romano que se retorció de dolor en el suelo y alzó la mano para que sus hombres se detuviesen y formasen junto a él. El sudor de la cara se le mezclaba con la sangre enemiga que le había salpicado. Tenía la cota de malla moteada de rocío carmesí. Ofreció el escudo al enemigo, apoyó la lanza en el suelo y, por el rabillo del ojo, vio cómo sus hombres, a su lado, trababan defensas.

—Ya estamos arriba —dijo el viejo Guntar a su izquierda.

—¿Bajas? —preguntó Alarico.

—He visto caer a Ewald y a Teutric.

—¿Heridos o muertos?

—No sabría decirlo.

Alarico asintió.

A derecha e izquierda, y una vez ganada la orilla, los godos se reagruparon.

—No me gusta luchar con un río a la espalda —dijo Rulf el Corto a su derecha.

Alarico no respondió a la observación del Corto. A nadie le gusta luchar con un río a la espalda.

—El cabrón del hispano no se mueve —dijo Rulf.

—Un respeto —le amonestó Alarico.

—Nuestro augusto emperador no se mueve —se corrigió el Corto.

—Por algo será —zanjó el joven dux.

Ante ellos se extendían las formaciones perfectas y coloridas del usurpador, los pendones rojos y púrpura, bosques de lanzas, murallas de escudos.

Los godos se agacharon y alzaron los escudos cuando una nueva lluvia de flechas cayó sobre ellos. Otra vez el repiqueteo. Otra vez los gritos de aquellos que eran alcanzados.

Ya reagrupados, y a una orden del dux, el muro de escudos godo avanzó lentamente para dejar espacio a los hombres que aún estaban en el río y que ahora, además de luchar contra la corriente, se veían obligados a sortear los cuerpos acribillados y sin vida que flotaban a merced de la corriente, a remontar una pendiente que ahora resultaba aún más resbaladiza y brillante merced a la sangre para luego abrirse paso entre hombres con la cabeza reventada, tripas abiertas, miembros cercenados, excrementos, sesos y vísceras.

Alarico miró un instante a su espalda. El hispano seguía sin moverse, pero no podían quedarse allí, sin más, soportando el constante chaparrón de flechas. Levantó la lanza. Solo había un camino.

—¡A la carga!

Chocaron de nuevo contra las líneas de Occidente y los arqueros volvieron a cambiar de objetivo.

Sumido en el fragor del combate, Alarico perdió la lanza después de habérsela incrustado entre las costillas a un veterano. No tuvo tiempo de recuperarla, así que desenvainó la bella espada con empuñadura de marfil y piedras preciosas que llevaba al cinto. Aquella arma magnífica, del mejor acero, robusta y flexible, digna de un emperador, se la había regalado su padre al cumplir la mayoría de edad.

Dio un tajo y luego una estocada. Ahora sin lanza, tenía que acercarse más al enemigo. Rugió de dolor cuando la punta de un arma romana le acertó en el muslo. Sintió que un cálido río de sangre le recorría la pierna. Empotró el escudo contra la defensa de su contrincante. La madera crujió. El dux alzó la espada y asestó una estocada descendente que superó el escudo de su contrario y se hundió en su ojo. A su lado Guntar y Rulf luchaban como demonios.

A su alrededor todo eran gritos de esfuerzo y confusión. Los godos avanzaban lentamente, sufriendo bajas y repartiendo muerte.

Una vez más las tropas del usurpador retrocedieron y, una vez más, Alarico tuvo que levantar el escudo para protegerse de las flechas. Tenía sed. El alarido de Rulf le perforó el tímpano. Miró a su derecha. Una flecha le había clavado el pie al suelo.

Alarico bajó el escudo y comprobó con horror que, ante ellos y entre los huecos dejados por las tropas imperiales, había dispuestas varias piezas de artillería. Artefactos de madera capaces de disparar grandes proyectiles que atravesaban cuerpos y escudos.

—¿Por qué no se mueve el hispano? —rugió uno de los hombres de la

guardia a su espalda.

La descarga artillera no se hizo esperar. Volaron los gigantescos proyectiles hacia los godos abriendo brecha en las líneas, destrozando y atravesando escudos, ensartando a hombres que salían despedidos de espaldas y derribaban a quienes tenían detrás.

Tenían que cargar antes de que dispararan de nuevo.

Rulf el corto partió la saeta que tenía incrustada en el pie a la altura del empeine y levantó la planta ensangrentada mientras la punta quedaba clavada en el suelo.

—¡A ellos! —gritó el dux.

Sin embargo, antes de llegar a los escorpiones romanos, tanto las dotaciones de estos como la infantería emprendieron una huida apresurada aunque ordenada. La satisfacción de ver huir al enemigo tan solo duró un instante. No habían alcanzado aún las piezas de artillería abandonadas cuando volvió a caer la muerte del cielo. Alarico sintió la dolorosa dentellada de una flecha en el hombro y otro impacto en el yelmo. Un mareo. De la herida recibida en el muslo seguía manando sangre. Tuvieron que detenerse para protegerse de las saetas. Percibió la ausencia de Rulf. Miró hacia atrás. El veterano yacía acribillado a cinco pasos de distancia. Maldijo entre dientes.

—Esto tiene mala pinta —observó Guntar.

El suelo empezó a temblar bajo sus pies. Recibieron otra oleada de flechas.

—¡Trabad escudos! —gritó Alarico—. ¡Trabad escudos!

Cuando partió por la mitad el proyectil que tenía alojado en el hombro, el dux sintió el sabor metálico de la sangre en la boca. Era su propia sangre. Escupió un coágulo.

El temblor se hizo más intenso.

—Odio a los francos —le oyó decir a uno de sus guerreros.

Una masa amorfa de jinetes se abalanzaba sobre ellos. Bárbaros del Rin al servicio de Occidente. Hombres duros, excelsos guerreros, corpulentos, de rubias melenas y pobladas barbas. Lanzaron entre aullidos su grito de carga.

Eran muchos los godos de primera línea que habían perdido sus lanzas en el combate. Enfrentarse a una carga de caballería sin oponer un bosque infranqueable de puntas de acero era prácticamente imposible. Máxime cuando aquellos llegaban frescos y los infantes ya estaban diezmados y agotados.

Una nueva oleada de flechas surcó los aires describiendo una parábola por encima de sus cabezas, directas a las líneas traseras.

A lo lejos, más allá del río, el ejército de Oriente permanecía inmóvil.

—Traición —masculló Guntar.

—Calla —ordenó Alarico.

Después del primer y brutal impacto, infantería goda y caballería franca se vieron envueltas en un confuso y despiadado baile emborronado por la polvareda, sin líneas, sin formaciones. Los godos hacían lo posible por derribar a los francos de sus caballos, se combatía a espadazos, cabezazos, puñetazos y mordiscos. Relinchaban los animales al caer. Varios caballos sin jinete huían aterrorados de la refriega.

Las filas traseras de los godos, ya organizadas, avanzaron en apoyo de los hombres de primera línea. Al ver que un puercoespín de madera y acero se aproximaba a ellos, los jefes francos hicieron sonar sus cuernos llamando a la retirada. Aquellos que pudieron, volvieron grupas para regresar a sus líneas, más allá de las piezas de artillería.

El espectáculo que la carga franca dejó tras de sí era desolador. Las líneas de godos estaban deshechas, los guerreros dispersos intentaban reorganizarse en pequeños grupos. Algunos seguían luchando contra enemigos abatidos. Cientos de caballos, cuerpos, escudos y espadas, charcos de sangre y vísceras yacían esparcidos por el suelo.

Alarico y los suyos buscaron refugio tras el sólido muro de escudos. Muchos de ellos habían perdido sus armas. Algunos arrastraban a compañeros heridos o cargaban con los moribundos.

El joven dux, rodeado por su guardia y estandartes, jadeaba.

—Mi señor —dijo Guntar mientras le examinaba la herida del muslo—, te arriesgas demasiado.

—Ni más ni menos que los demás.

El respiro no duró mucho. La artillería romana, operada una vez más por sus dotaciones, dejó volar las dañinas y gigantescas saetas una vez que los francos estuvieron a salvo. A aquellas les siguieron uno, dos y tres enjambres de flechas. Luego, la infantería.

Caía la tarde y seguía el combate.

Desde la loma, en compañía de sus generales y su guardia personal, Teodosio contemplaba impasible el devenir de la desigual batalla.

—Debo admitir que son duros —dijo el hispano—. Dignos de admiración.

Los generales romanos rieron.

Era la tercera carga de infantería imperial que resistían los godos.

—Parece que empiezan a quebrarse —dijo Estilicón señalando al flanco derecho.

Efectivamente. De las últimas líneas empezaban a desgajarse hombres que, desesperados, se lanzaban al río para ganar la otra orilla. La huida de unos pocos no tardaría en convertirse en desbandada.

—Ya estaban tardando —dijo Teodosio—. Hoy hemos vencido a los godos. Mañana barreremos al usurpador.

—Sebastos —dijo una voz tras él.

Teodosio se volvió.

—Un mensajero de Tracia.

El emperador hizo un gesto con la mano para que el mensajero, cubierto de mugre y sudor seco, se aproximara; el mensajero le entregó una tablilla de madera. El emperador la abrió y la leyó. Luego asintió.

—Informa al comes de Tracia de que no tenemos tropas disponibles en este momento —dijo el hispano—. Que la población se refugie en las ciudades.

—Sí, sebastos —dijo el mensajero.

—Ve al campamento y descansa. Sal mañana. No hay prisa.

—Sí, sebastos.

El mensajero volvió grupas y se alejó al paso cansado de su agotada y babeante montura.

—¿Qué ocurre? —preguntó Estilicón.

—Los hunos han cruzado el Danubio. Están arrasando Tracia.

—¿Las tierras de los godos?

—Así es. Por lo visto, se han enterado de que todos los godos en edad de luchar están lejos —aclaró el emperador no sin cierta satisfacción—. Hoy es un buen día.

—¿Cómo? —preguntó Estilicón.

El emperador se limitó a sonreír.

El sol se ocultaba tras las colosales montañas negándole los colores al mundo.

La luz mortecina y lúgubre del atardecer aún permitía ver los millares de cuerpos dispersos y sin vida que alfombraban el campo de batalla, los estandartes quebrados, las espadas, las lanzas y los escudos abandonados, los

caballos solitarios y sin jinete que, ajenos a todo, pastaban entre los muertos. Allí, sobre una loma, amontonados, yacían los cadáveres de godos y romanos donde el combate había sido más feroz. En el río, mecidos por la corriente, flotaban centenares de hombres acribillados a flechazos.

Extraña paz.

¿Cómo había podido ser tan necio? ¿Cómo se había dejado convencer por el maldito hispano?

El estruendo de la batalla había dado paso a un silencio aún más espeluznante que aquel. Un silencio intenso y ensordecedor quebrado, únicamente, por el graznar satisfecho de enjambres de cuervos que acudían, convertidos en nubes negras, al opíparo festín que la juventud, el orgullo y la inexperiencia del joven *dux gothorum* les brindaban.

Alarico apretó los dientes y los puños, impotente. Tenía los miembros entumecidos, le dolían las heridas del muslo y el hombro, tenía el rostro cubierto de sudor seco y mugre, la boca pastosa, la cota de malla cubierta de toscos brochazos de sangre ajena y ya seca.

Agotado, se retiró el yelmo dorado con incrustaciones de piedras preciosas y se dejó caer de nalgas al suelo. Vacío. Sin fuerzas. A su espalda, su guardia personal, magullada, herida y reducida a la mitad, observaba el desastre en silencio. Podía oír el aleteo de los retales rojos y raídos de su estandarte y el sordo y lento silbar de la brisa al penetrar por las fauces de la bronceína e impasible cabeza de dragón que lo coronaba.

Oyó el desgarrador lamento de sus antepasados en las entrañas, el llanto aún por derramar de las miles de madres, esposas e hijos que aguardaban, en Tracia, el retorno de sus seres queridos y que aún no sabían que sus hombres estaban muertos. Mujeres, ancianos y niños que todavía vivían con la esperanza que va ligada a todo temor, pero que pronto tendrían que soportar la pesada carga de la certeza.

Él, Alarico, *dux gothorum*, les había fallado a todos, a los vivos y a los muertos, a los que aún estaban por venir y a los que ya no nacerían jamás. Los espíritus negros y hermanos de la soledad y la desesperación se apoderaron de él. Se tapó las orejas con las manos para acallar el estruendo, pero solo logró que las voces que aullaban en su interior ganaran en intensidad.

«¡Estúpido! —clamaba su padre desde la tumba—. ¡Estúpido!».

Ante él, al otro lado del Frígido, comenzaban a cobrar vida las hogueras del ejército del usurpador de Occidente, que hoy podría cantarle a la victoria. A su

espalda se encendían, como un coro de luciérnagas, las lumbres del ejército del hispano, Teodosio, emperador de Oriente. Su emperador, su supuesto señor y aliado, el hombre que con voz de seda y un beso digno de Judas le había ordenado avanzar contra el enemigo:

—Si alguien puede hacerlo, querido amigo, sois tú y tus godos —había dicho el emperador en su tienda de campaña, rodeado de generales y con una amplia y cálida sonrisa.

Y Alarico, a sus veinticuatro años, *dux gothorum*, ufano y altanero, hinchado como un pavo real buscando aparearse, había salido de allí dispuesto a liderar el ataque de sus veinte mil hombres contra el ejército del usurpador de Occidente, confiado en que habría de demostrarle al mundo, en su primera batalla como líder de los godos, de lo que era capaz su pueblo.

¿Cómo había podido ser tan necio? Maldito fuera el hispano. Y maldito fuera su propio orgullo.

Tendría que haber muerto allí, con los suyos.

¿Podría haberse negado a cumplir la orden del emperador? Sí, quizá sí. Una negativa habría bastado. O quizá no. Teodosio le habría recordado los términos del tratado que vinculaba a Roma y a los godos. Pero ya era tarde. Demasiado tarde.

Y, sin embargo, ahora lo comprendía todo. Era como si el joven de veinticuatro años que había sido al despuntar el día, soñador, sediento de gloria y seguro de sí mismo, hubiera envejecido de repente hasta convertirse en un anciano, cansado de vivir, desvalido, renqueante, pero sabio.

Teodosio había sabido de antemano que Alarico fracasaría, sabía que la batalla iba a ser una matanza, una auténtica carnicería en la que los godos no dudarían en dejarse la piel, el alma y la vida mientras debilitaban al ejército de Occidente. Cuando amaneciese, el hispano ordenaría avanzar al ejército de Oriente, que aplastaría a las tropas del usurpador, ahora victoriosas, aunque exangües y diezmadas después del despiadado combate. A pesar de los tratados con el Imperio, los romanos no dejaban de ver a los godos como una amenaza, como un cuerpo extraño en su territorio. Bárbaros. Decían que Roma, a lo largo de sus mil años de historia, siempre había acabado por vengarse de los agravios pasados, y decían también que siempre emergía victoriosa de un modo u otro.

Tendría que haberse negado a cumplir la orden.

Sí, ahora lo comprendía. Lo que el joven *dux gothorum* tenía ante él era la

venganza de Roma y de Teodosio por Adrianópolis, la batalla que desembocara, dieciséis años atrás, en la completa destrucción del ejército de Oriente y en la muerte del emperador Valente, a quien sucedió el hispano. También era la venganza por los cuatro años de guerra agotadora que siguieron a aquella gloriosa jornada, tras los cuales un Teodosio incapaz de vencer a los godos se había visto obligado a sentarse y a negociar con los bárbaros la cesión de parte del Imperio, por mucho que esa parte fuera un rincón apartado de la marginal y fronteriza Tracia, al sur del Danubio.

Aquel tratado, suscrito por el rey Fritigerno, concedía tierras a un pueblo hasta entonces errante y lo acogía en el seno del Imperio como se acoge, en una habitación cochambrosa, a un huésped incómodo que no ha sido invitado. A cambio de esas tierras, Teodosio impuso una serie de obligaciones: como súbditos del emperador de Oriente, los godos deberían, a partir de entonces, acudir a la llamada de las armas cuando así lo exigiese Roma, y deberían prescindir de la figura de un rey, símbolo de unidad y liderazgo.

Tras la firma del tratado nadie, jamás, volvió a saber de Fritigerno.

Alarico tenía seis años cuando los godos cruzaron el Danubio en busca de una vida mejor en el Imperio. Y ocho años cuando se libró la batalla de Adrianópolis. Recordaba el estruendo del combate, el polvo, los gritos y los relinchos, los destellos de las armaduras, el calor sofocante de la jornada. Tenía la imagen de la cruenta batalla clavada en la mente. El niño que había sido entonces lo había visto todo desde el círculo de carretas que coronaba la colina y tras el cual se guarecieron las mujeres, los ancianos y los niños mientras los hombres luchaban por la existencia misma de su pueblo. El pequeño Alarico había jaleado a los suyos con el resto y había recorrido el campo de batalla al día siguiente con otros chiquillos en busca de botín y despojos.

Ahora, por su culpa, eran muchos los veteranos de Adrianópolis que yacían sin vida en el campo de batalla, algunos junto a sus hijos. Conocía a muchos de ellos, muertos a su alrededor, acribillados a flechazos, derribados por la caballería enemiga, pisoteados, alanceados. Hombres que habían dado la vida por él.

Se maldijo.

Hacía apenas meses que Teodosio le había nombrado *dux gothorum*, poco antes de la campaña. Tanto su alcurnia como su habilidad con las armas le hacían merecedor de tal dignidad. O eso había pensado cuando el hispano le envió un mensajero desde Constantinopla para confirmar su cargo como jefe

militar de los godos. Ahora sabía que la decisión del emperador nada había tenido que ver con su cuna, sino con el hecho de que un joven sediento de gloria era mucho más fácil de manipular que un hombre avezado.

—¿Qué he hecho? —dijo el joven dux para sí en un susurro mientras negaba con la cabeza.

—¿Mi señor? —preguntó a su lado el solícito jefe de su guardia personal creyendo que se dirigía a él.

—¿Qué he hecho, Guntar? —repitió Alarico, esta vez en voz alta.

—Luchar con honor, mi señor.

El joven dux esbozó una triste sonrisa y negó con la cabeza.

—¿Con honor dices? Mira eso, Guntar. Mira. ¿Qué ves? ¿Ves honor?

—Sí, mi señor. Veo honor. Y traición.

—Traición —repitió Alarico—. Sí. Traición.

Se hizo el silencio entre ambos. Traición. Teodosio había prometido que una vez que los godos estuvieran al otro lado y hubiesen abierto brecha, sus tropas avanzarían y los relevarían. Sin embargo el emperador había abandonado a Alarico y a los suyos a su suerte. Superados en número y rodeados por todas partes, los godos lucharon con desnudo aguardando una ayuda que jamás llegó y viendo cómo las tropas de Oriente permanecían inmóviles mientras ellos morían. ¿Cuántas veces había mirado Alarico a su espalda confiando en que Teodosio ordenara avanzar a las compactas formaciones de infantería oriental? ¿Cuántas veces le había asegurado a Guntar que el emperador no los dejaría solos?

Traición.

—Mi señor —dijo Guntar pasado un instante—. Aquí ya no hacemos nada. Alarico asintió.

—Cierto —convino el joven—. Aquí ya no hacemos nada.

El dux se puso en pie. Luego, cuando Guntar daba media vuelta, Alarico desenvainó su ya ensangrentada espada, la giró hacia sí y buscó con la fría punta de acero un hueco entre sus propias costillas. Al oír que el joven desnudaba el arma, el jefe de la guardia se volvió.

—¡Mi señor!

Guntar, alarmado, se abalanzó sobre el dux. Forcejearon.

—¡Aparta!

El corpulento y barbudo veterano le retorció la mano al joven hasta que este se vio obligado a soltar el arma con la que pretendía quitarse la vida. Acto

seguido, el guerrero abrazó al dux por la espalda con todas sus fuerzas para inmovilizarle.

—¡Déjame! —aulló el joven—. ¡Suéltame! ¡No merezco vivir!

Incapaz de revolverse, incapaz de librarse del abrazo poderoso del guerrero, Alarico dejó de resistirse y rompió a llorar, impotente.

—Mi señor —le susurró Guntar cuando sintió que el dux se dejaba caer en sus brazos—, hoy ya han muerto demasiados hombres. No nos abandones tú también. No nos condenes a todos.

—Ya os he condenado —murmuró el dux.

—Tu vida, mi señor, no te pertenece.

Alarico asintió lentamente y Guntar deshizo su poderoso abrazo.

—Debería haber muerto hoy, allí —dijo el dux—, con los míos.

—Dios ha decidido que no sea así. Sus razones tendrá.

—Sí, castigarme por mi soberbia.

—O guardarte para futuros designios.

—¿Designios? ¿Futuros? ¿Qué futuro puede haber después de esto, Guntar?

—Todas las noches acaban, por oscuras que sean.

—¿Para ellos también? —preguntó Alarico, descreído, mientras señalaba a los caídos.

—Eso dicen los sacerdotes. —El dux asintió—. Roma nos ha traicionado, mi señor.

—Una vez más —completó Alarico.

—Una vez más —repitió Guntar.

El joven noble volvió a mirar al campo de batalla. Luego dio media vuelta.

—Volvemos a casa. Haz correr la voz.

—Sí, mi señor.